



CAPÍTULO VII.

De lo bien que empleó sus mil y quinientos ducados: del primer negocio en que medió, y del provecho que sacó de él.



L rey, como si hubiera querido librarme de mi impaciencia, se volvió el dia siguiente á Madrid: fuí volando á la tesorería real, en donde cobré inmediatamente el importe de mi libramiento. Es de admirar que no se le trastorne el juicio á un mendigo que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo mudé así que varié de suerte, y no escuché mas que á mi ambicion y á mi vanidad. Dejé mi miserable posada de caballeros para los secretarios que aun no habian aprendido el lenguaje de los pájaros, y por la segunda vez alquilé mi hermosa vivienda, que por fortuna estaba desocupada. Envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los elegantes: me tomó la medida, y me llevó á casa de un mercader, de donde sacó seis varas de paño que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Seis varas de paño para un vestido á la española! ¡Á dónde vamos á parar! . . . Pero no murmuremos sobre esto. Los sastres afamados siempre necesitan mas que los otros. Compré ademas ropa blanca que me hacia gran falta, medias de seda, y un sombrero de castor con galon de oro.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo, supliqué á Vicente Foreto mi huésped, me buscasse uno de su satisfaccion. Los mas de los estrangeros que alojaban en su casa solian, luego que llegaban á Madrid, recibir criados españoles; lo que atraía á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una fisonomía tan apacible y tan devota que no le quise; me parecia ver en él á Ambrosio de Lamela.—Yo no quiero, dije á Foreto, criados que tengan un aspecto tan virtuoso, porque estoy escarmentado de ellos. Apenas despaché á éste, cuando llegó otro que me

parecia muy despierto, mas arriscado que un page cortesano, y ademas un sí es no es taimado. Este me agradó. Hícele algunas preguntas, á las que correspondió con despejo; conocí que era travieso, y como de molde para mis asuntos. Le recibí y no me pesó de mi eleccion; antes advertí bien presto que habia hecho un buen hallazgo. Como el duque me habia permitido le hablase á favor de las personas á quienes deseara servir, y yo estaba en ánimo de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza; es decir, de un hombre astuto que tuviese maña, y pudiera escudriñar y traerme gentes que tuviesen que pedir al primer ministro. Cabalmente esta era la habilidad de Escipion, que así se llamaba mi lacayo, que habia servido á Doña Ana de Guevara, ama de leche del príncipe de España, en cuya casa la habia ejercitado, siendo esta señora una de aquellas que mirándose con algun valimiento en la corte quieren aprovecharse de él.

Así que manifesté á Escipion que me era posible obtener gracias del rey, salió á campaña, y el mismo dia me dijo:—Señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo, caballero granadino, llamado Don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de vd. para con el duque de Lerma en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: me he visto con él, y queria dirigirse á Don Rodrigo, cuyo poder le han ponderado; pero se lo he quitado de la cabeza, haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro, en vez de que vd. se contentaba con una decente demostracion de agradecimiento, y que aun haria vd. el empeño de balde si su situacion le permitiese seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin, le he hablado de modo que mañana por la mañana le tendrá vd. aquí de madrugada.—¡¡Cómo, pues, le dije, Señor Escipion, vd. ha andado ya mucho camino! Conozco que no es vd. novicio en materia de manejos, y estraño que no esté vd. mas rico.—Esto es lo que no debe sorprender á vd., me respondió; yo no atesoro, y quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino á verme Don Rogerio de Rada, á quien recibí con una cortesía mezclada de gravedad.—Señor mio, le dije, antes de tomar cartas por vd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar de él al primer ministro.—Hágame vd., pues, si gusta, una fiel relacion, y crea que tomaré con calor sus intereses, si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado.—Con mucho gusto, respondió el granadino, voy á contar á vd. mi historia sinceramente, y fué de esta suerte.

